

LA BANCARROTA FRAUDULENTO DEL MARXISMO

Eusebio C. Carbo

En la lucha contra las tendencias, las sectas, las escuelas o las banderías que consideramos erróneas o peligrosas para el futuro de esta humanidad estrangulada por la injusticia, es tan eficaz poner al descubierto, por medio de un análisis sereno y detenido, la falsedad de sus bases, como denunciar la mendacidad, o la insuficiencia de sus principales figuras representativas.

A GUIA DE PRÓLOGO

En la bibliografía libertaria de lengua española -tan copiosa en otros aspectos- abundan muy poco las críticas aceradas del marxismo.

En cambio se han hecho de él en la tribuna pública vivisecciones notabilísimas. Es lástima que algunas conferencias a ese tema consagradas no se tomaran taquígraficamente para editarlas en folleto.

Convencidos sin duda de que el predominio que han alcanzado siempre en España las tendencias federalistas, bastaría para que las multitudes rechazaran de plano un centralismo que, además de repugnar a sus naturales inclinaciones, consagra las formas más salvajes de un despotismo que se cubre con la túnica de los intereses del proletariado, nuestros escritores lo combatieron a través de su propaganda general, pero sin dedicarle nunca atención preferente.

Todo parece indicar la conveniencia de que sea colmada esa laguna. Todo proclama la necesidad de que sea atendido hoy aquello que fue preterido ayer.

Los observadores más atentos -por muy distanciados que doctrinariamente estén de nosotros, y precisamente por ello tiene más positivo valor su juicio- se muestran convencidos de que al cataclismo que despedaza ahora los andamiajes de la organización política y económica de Europa, con evidentes repercusiones en todo el Universo, seguirá una conmoción tan amplia y tan profunda como las causas destinadas a engendrarla, y de un alcance que escapa actualmente a todas las previsiones.

Si tal previsión -que nosotros compartimos sin reservas- se confirma, las cosas pueden llegar a extremos insospechados.

* Ediciones Orto, México, D. F., 1941. Digitalización: KCL.

Nunca los fermentos populares tuvieron raíces tan profundas. Nunca el odio al presente revistió las formas vivas que ahora. Nunca fue tan agudo el afán de poner término al malestar, a la miseria, al sometimiento, al sacrificio estéril.

Dos hechos fundamentales caracterizan el momento presente. Por una parte, el fracaso y la deshonra definitiva de todos los partidos que, sea cual fuere la bandera por ellos tremolada al viento, medran a la sombra de los antagonismos que engendran la guerra y refuerzan las ligaduras que al pueblo le son impuestas a punta de bayoneta. Por otra parte, la propensión de esas multitudes que el capitalismo explota y el Estado sojuzga, a secundar las más audaces tentativas. Bien es verdad que jamás -dígase lo que se diga- les fueron tan propicias las circunstancias, porque nunca fueron tampoco tan poderosos los estímulos.

Lo crisis, aguda, brutal, amenazadora, se acentúa de día en día. Y los cimientos del sistema se cuartejan. Y quedan en pie, como una promesa y como una esperanza, las afirmaciones anarquistas.

Por lo mismo que no hay ocaso sin orto, al propio tiempo que se inicia el hundimiento del régimen forjado por la revolución de 1789-93, cuando los vasallos, cansados de llevar a costas la pesada cruz de su martirio cruento, pusieron término a las prerrogativas del feudalismo aristocrático, asoma ya en el horizonte de los destinos humanos la perspectiva de un nuevo ordenamiento.

Todo obliga a creer que se acerca la hora en que los proscriptas del goce y de la vida verán realizadas aquellas esperanzas .alimentadas en el tumulto y en el silencio durante siglos.

El hecho mismo de que se vea obligada a recurrir a determinados procedimientos en una escala desconocida hasta la fecha, prueba que la omnipotencia de las oligarquías dominantes se bambolea. Ha perdido el equilibrio para siempre. En su afán de un poderío sin el cual no puede ya vivir, exacerba al infinito aquellos factores que están a punto de dictar contra ella una sentencia de muerte.

Es indudable que, llegado el momento, los rapsodas del Estado proletario tratarán de deslumbrar a los incautos. La teología estatal probará fortuna. Tratará de abrirse paso, empleando los indignos procedimientos de siempre. Y es preciso que nosotros, desde ahora, preparándonos con tiempo, le esterilicemos la vanguardia **consciente** el surco y la semilla.

Contamos con sobrados medios para ello.

Digámosles a los trabajadores lo que el marxismo significa y representa. Pongamos ante sus ojos los mil ejemplos que en todos los órdenes ofrece Rusia.

Demostremosles que el marxismo se caracteriza por una concepción totalitaria del Estado, y que el totalitarismo, lo mismo si reviste la forma que se le da en Alemania y en Italia, que aquella que ha tomado en la **patria del proletariado**, no puede brindar a los miserables y a los esclavos otra cosa que privaciones y cadenas.

Pongamos de relieve ante sus ojos el verdadero significado de la alianza de Rusia con Alemania¹, hecho que, necesariamente, ha de repugnar de una manera invencible a toda conciencia honrada.

Rasguemos los velos que ocultan a su mirada la infame conduela observada por los comunistas de todos los países en el curso de la guerra civil española.

¹ Hitler y Stalin estaban todavía a partir un piñón en el momento de ser escrita la última página del presente trabajo.

Documentemos, por medio de hechos sin posible vuelta de hoja, la falsedad absoluta de la ayuda rusa a los antifascistas españoles, y la realidad del negocio escandaloso realizado en España por los secuaces de Stalin.

Repitamos al infinito, sin parar y sin cansarnos -probándolo de paso- que las bases del marxismo son falsas y conducen a normas cuartelarias que, lejos de emancipar al individuo la uncen al más espantoso de los yugos, destruyendo por la base toda posibilidad de rebeldía.

El momento es propicio para esa labor.

Si el deseado gesto -tan temido ahora en las **altas esferas**- se produce, los pueblos, medio aturcidos todavía por el estruendo del cataclismo que les ha puesto en pie, buscarán un norte. Importa preparar su ánimo para que, venciendo el último temor a las inexperiencias de lo desconocido, se dispongan a hacer suyo el que nosotros les ofrecemos.

La pugna entre nuestras tendencias y las de aquellos que han de obstinarse en atraer a los trabajadores a su órbita, es irreconciliable. Están colocadas las dos frente a frente, en una guerra sin cuartel.

Poniendo de relieve las aberraciones en que se apoyan todas las escuelas del socialismo autoritario, y en particular aquella alemana que lleva el nombre de Marx sin que nada pueda justificarlo, se consigue un doble objeto: restarle seguidores ciegos a la estúpida religión del Estado, y patentizar las bondades incuestionables y los fundamentos inmovibles del socialismo anarquista.

Nosotros, convencidos de que ello responde a una necesidad imperiosa de la hora presente, abrimos la marcha.

Que otros mejor preparados, si lo estiman oportuno, la sigan.

Eusebio C. Carbo

CAPÍTULO I

EL PUNTO DE PARTIDA DE LA CONCEPCIÓN MARXISTA

“Es difícil encontrar en Marx una sola idea no expuesta anteriormente por escritores del período llamado utópico”.

(G. Richard, en “La Question Sociale et le Mouvement Philosophique”).

ANTECEDENTES

Ya no ofrece duda para nadie que la concepción materialista de la Historia -eje de la dialéctica llamada marxista- tiene su origen en la filosofía hegeliana. Y ya es sabido que Hegel, como aprovechado discípulo de Kant y más acentuadamente de Fichte, fue en su época el portaestandarte de la metafísica.

Dominado Marx por la influencia poderosa de ambos pensadores -y sobre todo del segundo- que le fue transmitida por su principal inspirador y maestro, sin lograr, ni en parte siquiera, sustraerse a ella, les imitó en todo.

Engels ha dicho: “Sin la filosofía de Hegel, el socialismo alemán, que es el único socialismo científico que existe, no se habría jamás producido”. (Béchaux en “L'école individualista”, citado por Gonnard en “Histoire des doctrines économiques”).

Sería igualmente cierto si Engels no lo hubiese reconocido. Pero es el caso que, a mayor abundamiento, lo reconoce, como antes lo reconocieron, por lo menos a ratos, otros socialistas estrechamente emparentados con el marxismo.

Tal influencia brinda la explicación de muchas cosas. Porque ella pone de relieve hasta qué punto el espíritu de investigación era ahogado en el pontífice máximo del socialismo autoritario, por el idealismo trascendental.

Y del mismo modo que Fichte en sus concepciones panteístas ve en Dios la causa eficiente de todos los fenómenos que se registran en el mundo, sea cual sea su carácter, y de cuantas manifestaciones ofrezca la vida social y humana, Marx, siguiendo las normas que caracterizan a la metafísica, sin una alteración sustantiva, ya que cuantas variaciones introduce en el sistema se refieren únicamente a una simple cuestión de nombres, reemplaza a Dios por la Economía.

La convierte en nueva divinidad, a la que todo, absolutamente todo, está subordinado.

Según veremos más adelante, la crítica moderna, al patentizar la falta absoluta de rigor científico de la dialéctica marxista, así como su completo desdén por las demostraciones de los hechos, ha reducido a proporciones microscópicas su valor, sin tener para nada en cuenta el que ayer pudo serle atribuido.

Pero antes de examinar ese aspecto de las concepciones de Marx es preciso establecer, tan sumariamente como lo impone el reducido marco de un folleto, la serie de tesis que constituyen la trama de su doctrina.

LOS PUNTOS CENTRALES DEL MARXISMO

Los puntos centrales de la doctrina marxista -en virtud de los cuales la dialéctica está condenada a consejo de guerra permanente-, permiten ver con claridad meridiana, en primer término, la ausencia más completa de originalidad en las afirmaciones que le sirven de base, y cómo pudo ser engendrada una concepción materialista de la Historia en la mente de un hombre que prescindía terminantemente de los hechos históricos, hasta construir el edificio, ruinoso desde el cimiento hasta la cúspide -por lo mismo que no puede tener puntos firmes de apoyo nada que se base en la mera abstracción-, de la metafísica económica.

Los puntos en cuestión son los siguientes:

Primero: **El Materialismo Histórico.** - Según esa tesis, los acontecimientos históricos reconocen siempre como causa única los intereses materiales. Son las condiciones de la vida material las que dominan todas las manifestaciones del hombre. Por consiguiente, “es el modo de producción el que determina en cada época las costumbres, las instituciones sociales, jurídicas, políticas, etc.”

Segundo: **La plusvalía.**

Tercero: **La teoría del valor.**

Cuarto: **La acumulación creciente de capitales.**

Quinto: **La proletarización creciente.**

Sexto: **La lucha de clases.**

Séptimo: **El automatismo de la revolución niveladora.**

Tal es el enunciado de los extremos que sirven de base a una doctrina cuya finalidad principal estriba en reducir a cero el valor de ciertos factores cuyo influjo no puede ser negado por nadie en la marcha y en la evolución de las sociedades, ni en las costumbres, ni en el concepto del arte, del Derecho, de la justicia, de la vida, que culminen o preponderen en una época determinada.

Y no es por mero capricho que se quieren destruir esos factores que impiden a las agrupaciones humanas estacionarse y perecer al fin, ya que ellos representan el impulso soberano en la carrera hacia adelante y el principal resorte dinámico de los afanes con que el pueblo, galvanizado con frecuencia por los ardores y por el ejemplo de las minorías actuantes, pugna por elevarse a un plano superior, sino porque esos factores niegan la posibilidad de darle al Estado aquella omnipotencia que constituye el único ideal del socialismo autoritario.

El individuo es -en cada período histórico y sean cuales fueren las condiciones económicas y los modos de producción- el foco principal insustituible de las vibraciones creadoras. Y ese foco queda reducido a categoría inferior, desaparece, se hunde o desempeña el torpe papel de autómatas en el sistema ideado por Marx, cuya característica inconfundible es el Estado aplastando al individuo.

Hemos de verlo. No en base a las críticas formuladas por los anarquistas -enemigos jurados del Estado en todas sus formas-, sino mediante el testimonio de aquellos marxistas -Sorel y Leone, entre otros- que gozan merecida fama de sinceros, de cultos y de independientes.

Y, de paso, probaremos de una manera irrecusable que los puntos centrales de la dialéctica marxista, no son una creación de Marx, sino la copia -descocada en varios casos- de lo que otros crearon.

CAPÍTULO II

MARX NO ES EL GENITOR DEL SISTEMA QUE LLEVA ARBITRARIAMENTE SU NOMBRE

Es preciso proclamar a gritos, ya que así lo quiere la verdad histórica, que Marx no es el creador del sistema que lleva arbitrariamente su nombre.

No lo es. Ni en aquella parte del mismo que es engendrada por un subjetivismo que entronca con el sofisma, ni en aquella otra que se basa más o menos en la lógica, en la observación objetiva de los fenómenos sociales y de las realidades económicas.

Resulta a todas luces absurdo atribuirle a Marx la paternidad de ninguna de las tesis señaladas, base del sistema que lleva su nombre. Y lo es en idéntico grado suponerle genitor de la famosa dialéctica. Lo prueban mil documentos de un valor irrecusable. Todo el mundo sabe hoy que la dialéctica marxista es... hegeliana.

El gran fetiche del socialismo autoritario no crea. Ordena y sistematiza. Y es muy difícil, si no imposible, encontrar en su obra una sola idea parida por su mente de punta a rabo.

No existen en ella ideaciones que puedan considerarse originales. ¡Ni siquiera en la terrible omnipotencia que su autoritarismo congénito la asigna al Estado!

EL CONCEPTO DE LA LUCHA DE CLASES

El concepto de la lucha de clases es anterior a Marx.

Algunas décadas antes de su nacimiento, ese concepto era ya familiar a diversos pensadores y teóricos de la economía política. Tal afirmación no es dictada -y podríamos excusarnos de señalarlo- por el sectarismo antimarxista, como dicen los fieles y los seguidores sempiternos, sino por aquellos testimonios históricos de que los parciales prescinden al juzgar a su maestro, pero que nosotros -más ecuanimes y más afanosos de apoyar sobre bases inmovibles nuestras apreciaciones- hemos de tener siempre en cuenta.

Bien es verdad que nosotros los tenemos en cuenta porque los conocemos, y que los marxistas los menosprecian por serles en la mayor parte de los casos, desconocidos. Nos referimos -claro está- a los subalternos. Porque tratándose de los capitostes, ya es sabido que están subordinados al pacto riguroso que firmaron hace ya tiempo la ignorancia y la mala fe.

La demostración palmaria, fehaciente, definitiva de que no corresponde a Marx la paternidad del concepto de la lucha de clases la brinda. Caen en su libro, **L'idée de lutte de classes au XVII siècle**.

Si no fuera porque ello habría de dar una extensión desmesurada a este trabajo, transcribiríamos párrafos y más párrafos de Caen, Deville y otros, demostrativos de que Marx se pasó la vida ofreciendo como propias las ideas ajenas, sin más molestia que la de cubrirlas ligeramente con un velo. Fue acusado en tal sentido públicamente y en alta voz por personalidades que irradiaban muchísimo más que él, sin que intentara defenderse.

También probaríamos que antes, mucho antes que lo hiciera, Marx, habían hablado de la lucha de clases Turgot y Mirabeau, sin que lo que ellos dijeron tenga nada que envidiar a lo que de aquella se ha dicho posteriormente.

Hemos de limitarnos a afirmarlo de una manera categórica, teniendo la seguridad absoluta de que nadie se atreverá a desmentirnos, y añadiendo que al hacer suyos esos conceptos, Marx no les introdujo ni un simple detalle susceptible de modificarlos más o menos...

LA PROLETARIZACIÓN CRECIENTE

La teoría de la proletarización creciente fue enunciada sesenta y cinco años antes de hacer Marx sus primeros ensayos, lo mismo por pensadores del socialismo que de otras escuelas.

En cuanto a las consecuencias de esa proletarización, han quebrado estrepitosamente por la base. Y han quebrado precisamente en Rusia, que es donde se pretende registrar la confirmación categórica de las previsiones atribuidas al autor de **El Capital**.

Ni la proletarización sigue el ritmo que la dialéctica le atribuye, ni se acercan más a la subversión total del presente aquellos países que se proletarizan en mayor escala.

Nadie ignora que Rusia, antes de 1917, era uno de los pueblos menos proletarizados del Universo, proporcionalmente al número de sus habitantes.

Admitiendo lo inadmisible, o sea que, según pretenden los marxistas, la subversión del capitalismo ha tenido lugar allí, se tiene la prueba más concluyente de que la dialéctica no da pie con bola.

Por consiguiente, el marxismo no tiene razón allí donde parece tenerla, y tiene menos todavía... allí donde parece lo contrario.

Lo mismo puede decirse de la concentración del capital y de aquello que Marx, llegado a un cierto grado -que hemos dejado ya muy atrás-, calificaba de “sus consecuencias indefectibles”.

Ha fallado con igual estrépito. Por las mismas razones y en idéntico grado. Ni su grado ni sus derivaciones tienen el menor parecido con las garantías que ofrecía Marx.

Estos dos puntos serían suficientes para demostrar que las piedras angulares del marxismo descansan sobre arena. Pero quedan otros. Y son mucho más concluyentes que los apuntados.

Adam Smith, que supo conquistar a pulso el título de **padre del capitalismo**, tiene de la **concentración** del capital -que estudia minuciosamente en su “Investigación sobre la

naturaleza y las causas de la riqueza”- una visión incomparablemente más clara que la de Marx. Y nos costaría poco trabajo señalar por sus hombres a varios marxistas que lo han confesado...

Lo mismo las formas en que evoluciona el capitalismo, que los actuales modos de producción, cuyo poder -como causo determinante del carácter de las Instituciones y de los individuos- se bifurca al infinito, que la tendencia cada día más acentuada de los trabajadores a luchar, consciente o inconscientemente, contra el Estado -artificio gigantesco sin otra finalidad que mantener enhiestas las dominaciones políticas y los privilegios económicos, ambos enemigos jurados del verdadero socialismo- desmienten de una manera rotunda las profecías de Marx.

Pero donde se demuestra con mayor claridad la falta de base sólida del laberíntico sistema marxista, y donde salta más a la vista que Marx pudo formular sus tesis merced a la apropiación de ideas ajenas, en las que sagazmente mezcló algunos pensamientos propios, es en los tres puntos que reclaman más detenido examen: **la plus valía, la teoría del valor y el materialismo histórico.**

Algunas de esas ideas ajenas tienen a veces positivo valor y fundamentos indiscutibles. Pero luego quedan falseadas al yuxtaponerlas a las suyas. De donde resulta que en el marxismo hay contadas ideas, de Marx y que, tanto por su escaso número como porque, en su casi totalidad, son falsas o superficiales, eran incapaces de dar carácter científico al socialismo...

Pueden, sí, servir de base al socialismo de Estado. Pero el socialismo de Estado -quíranlo o no lo quieran los marxistas- es la antítesis más rotunda del socialismo auténtico y sin afeites: el que quiere socializar la tierra y los instrumentos de producción y de cambio, como expresión de la riqueza creada por el esfuerzo humano en el curso de las generaciones.

Y ya se sabe que esa socialización completa, real, inconfundible, no. podrá llevarse a efecto mientras quede en pie ni el más remoto vestigio de los poderes autoritarios cuya forma inequívoca de expresión y cuyo órgano insustituible es el Estado...

LA TEORÍA DEL VALOR

Hemos de repetir lo dicho con respecto a otros extremos. Mucho antes de hacer Marx su aparición en los estrados del socialismo autoritario, Smith y Ricardo, entre otros, habían enunciado la teoría del valor. Marx no hace otra cosa que incorporarla a su sistema, después de añadirle unos detalles sin importancia. Y sus manipulaciones la toman abstrusa y laberíntica.

Lo mismo puede decirse con respecto a la ley de

bronze, cuyas bases se deben principalmente a Lamennais y Lassalle.

La demarcación que Marx establece entre el **valor de uso** y el **valor de cambio** es totalmente ajena al socialismo propiamente dicho. Podrá ser útil al socialismo de Estado, que no tiene ni el más remoto parentesco -según hemos dicho ya- con las verdaderas realizaciones socialistas. Podrá ser útil, también, a la crítica de un ordenamiento basado en la expoliación, pero no cabe en una doctrina que pretende reflejar nuevas formas de convivencia.

En efecto, ¿a qué extraña concepción del socialismo responde el hecho de establecer diferencias entre la hora de trabajo en determinada industria y el esfuerzo de igual duración en otra rama cualquiera de las actividades productoras?

¿No es absurdo el principio de las categorías entre aquellos elementos vitales de la producción que aseguran en **conjunto** todo aquello que la **sociedad conjuntamente** necesita?

¿No está a los antípodas de la más elemental concepción del socialismo el hecho -que nosotros calificaríamos de rotundamente antisocialista- de colocar en planos distintos a los trabajadores **especializados** y a los obreros **simples**?

Si. En idéntico grado que diferenciar el **uso** y el **cambio**. Y es inútil esforzarse por atenuar el tono chillón de esas sutilezas sofisticadas con aquellos **coeficientes**, que, para el cálculo de sus valores respectivos, asigna Marx a los segundos.

No hay quien comprenda esos **coeficientes**.

Pero tampoco los marxistas consiguen explicarlos.

No. El valor del “hombre ordinario” y del “especializado” -que es así como los distingue y los separa Marx- son socialmente equivalentes. Como son equivalentes -“per se” y no en base a su calidad o al tiempo y a la naturaleza del esfuerzo que requieren- los productos.

Además, es sabido que el privilegio de las “especialidades” es tanto más absurdo, ya en el presente -y Marx habla de ellas especulando sobre un futuro que ha de negar las injusticias y las aberraciones hoy en vigencia-, cuanto que son innumerables las actividades aplicadas a la producción que no las requieren.

Y si resulta monstruoso que actualmente sirvan de punto de apoyo a las **jerarquías** de tipo social entre los trabajadores, no se concibe que haya quien trate de cohonestarlas en nombre del socialismo.

CONCRETANDO MÁS CLARAMENTE EL CONCEPTO DEL VALOR

El trabajo no puede ser valorizado de acuerdo con su “calidad” tal y como se la entiende en el sistema capitalista.

Socializada toda la riqueza, ese concepto falso queda retirado automáticamente de la circulación.

Este se consagra a la producción de algo que es de consumo indispensable. Aquel dedica su esfuerzo otra cosa que es también de utilidad pública o conocida. Y ello basta para saber -sin posibilidad de distinguos de ninguna especie- que son igualmente necesarios y que; por consiguiente, tienen idéntico valor. Lo que menos importa es averiguar qué es lo que sale manufacturado de sus manos o de las máquinas que sus manos ponen en movimiento.

Una locomotora moderna, con todas sus complejidades mecánicas, no “vale” más, por ejemplo, que un ventilador o que una bombilla eléctrica. Siendo igualmente necesarios, sus respectivos valores -socialmente considerados- son equivalentes. Y tampoco en ese sentido puede tener prioridad el faisán sobre las patatas. Ni es más estimable el que monta automóviles, o telescopios, o barómetros, que quien asegura diariamente la higiene de los pueblos y de las ciudades. Ni esto, ni la supremacía contraria. Tan negativa y tan inicua sería la una como la otra.

El problema no estriba en desplazar la iniquidad comunicándole aspectos contrarios a los que ha tenido siempre, sino en destruir su base y hacerla imposible. Y para ello es necesario encararse resueltamente -vengan de donde vengan- con los resabios escolásticos de una concepción que pretende ser socialista y que niega al socialismo, estableciendo **la unidad de valor social de todas las funciones y de todas las cosas útiles.**

Es preciso repetirlo con insistencia machacona. Puesto que los hombres necesitan en igual grado de los medios de transporte, de la vivienda, de la alimentación, del vestido, del estudio, etc., es obligado considerar que el avión, la casa, el libro y las patatas -se trata de un ejemplo- tienen una importancia equivalente.

Si la medida del valor de un objeto -tal como pretende Marx- radicaba en la cantidad de trabajo necesario para producirlo, ese valor no podría ser en ningún caso calculado sin desmontar de punta a rabo el Universo.

¿Quién sería capaz de justipreciar, ni siquiera aproximadamente, el trabajo que haya costado la producción de la hoja en que voy estampando ahora mis pensamientos? ¿Y el de un alfiler? ¿Y el de los tipos de imprenta? ¿Y el de la máquina en que estoy tecleando? ¿Y el de enseñarte a ti, lector, para que pudieras leer lo que escribo?

¿Es que cada Una de esas manifestaciones de la virtud creadora del músculo y del intelecto no refleja el esfuerzo productor -continuado, persistente, ininterrumpido- de cien o de mil generaciones? ¿Cómo demarcar las diversas formas de la actividad productora que intervienen en cada una de ellas? ¿Habría sido posible la fabricación de esta hoja de papel, o de una máquina, o de unas alpargatas, sin el concurso del minero, del agricultor, del químico, del mecánico, del ingeniero, etc.?

Lo que menos importa es que quien produce cosas necesarias, maneje el compás o la guma, la pluma o la azada, el microscopio o la lesna...

Según hemos podido ver, la teoría marxista del valor -que nos es presentada como una de las principales claves del sistema- no tiene punto firme en que apoyarse. Es ello debido a que la crítica la desvaloriza casi por completo poniendo de relieve su carácter subjetivo. Se la estima mucho menos fundamentada que la de Ricardo. Y es incapaz de resistir en ningún sentido la objetividad del análisis científico.

Lo demuestra de modo fehaciente Worms en su **Philosophie des Sciences sociales**. Y no es el único. G. Richard en “La Question Sociale et le Mouvement Philosophique” pone al descubierto su inconsistencia y la califica de “extremadamente quebradiza”.

Goblot va más lejos todavía: la declara ininteligible. “El propio Marx -apunta Goblot- confiesa que los capítulos de “El Capital” en que explica la teoría del valor son difíciles de comprender. Se equivoca: esos capítulos son ininteligibles”. (“Le systeme des Sciences”, página 165).

Y en todas las zonas del pensamiento de nuestros días, de las más irruentes a las más templadas, se emiten idénticos juicios. Porque si hasta ahora hemos señalado lo que de ciertas tesis de Marx han dicho aquellos que pertenecen a otras escuelas, más adelante veremos lo que dicen del conjunto de ellas los propios marxistas.

Todo indica que ha quebrado por la base otro de los principales sillares del pretendido socialismo científico, simultáneamente con los de esa arrogante dialéctica que, en vez de ser una deducción lógica y científica de los fenómenos a que se aplica, aspira, como una nueva divinidad, a que éstos sean deducidos de ella, de forma que la experiencia histórica, el valor

intrínseco de los hechos y lo experimentalmente demostrado, se sometan a las apreciaciones meramente subjetivas.

Esa forma de invertir los términos es común a casi todas las tesis que constituyen la urdimbre de “El Capital”. Sin embargo, “El Capital” sigue siendo el Evangelio y el único norte de la cofradía que se empeña en establecer absurdas, imposibles armonías entre el principio de autoridad y las prácticas del verdadero socialismo.

CAPÍTULO III

EL CONCEPTO MARXISTA DE LA PLUS VALÍA

No puede negarse que Marx se ha ocupado más extensamente que nadie de la **plus valía**. Pero no lo ha hecho con tanta originalidad y tan claramente como Deville en “Principes socialistes”. Ni tan profundamente como Proudhon en “¿Qué es la propiedad?”

Con respecto a este último, el propio Marx hubo de reconocerlo explícitamente. A pesar del odio que le inspiraba Proudhon -del que son ejemplo vivo las ironías groseras que se permitió contra él en “La miseria de la filosofía”, que es una réplica destemplada, vacua, sectaria a “La filosofía de la miseria”-, se vio obligado a citarle en sus disquisiciones poco afortunadas sobre la **plus valía**.

Porque el aspecto fundamental de esa teoría y el que reclama un conocimiento más amplio y más profundo de lo que palpita en la entraña viva de los fenómenos sociales -recogido al detalle por Proudhon- había escapado a la percepción de Marx.

Por lo demás -y repitiéndose lo de siempre-, el concepto marxista de la **plus valía** entronca por modo directo con el que primaba ya entre ciertos pensadores de la Edad Media. Lo ha patentizado Dalalys en “La valeur d'après Marx et les scolastiques”.

Es acaso debido a ello que diluye tanto -complicándolas al infinito- las fórmulas más simples, y que da tantas vueltas a unos detalles que en nuestra época carecen en absoluto de importancia.

Porque no hace falta ser antimarxista -que es ser antiautoritario-, como lo somos nosotros, para afirmar que las observaciones de hace dos siglos -y más particularmente si ellas se refieren a determinados aspectos de la economía- no proyectan ninguna luz sobre los fenómenos a que actualmente asistimos.

Hasta los de hace medio siglo han envejecido en su mayoría. No sirven, en general, para nada, si no es para enturbiar el prisma.

A pesar de que Deville, en la obra citada más arriba, dice que Marx es “el último profeta judío”, es lo cierto que sus profecías, lejos de ser confirmadas por los hechos, van siendo cada día más rotundamente desmentidas.

Guesde, jefe de la fracción extremista del socialismo francés, lo reconoció al decir: “Los socialistas no son arquitectos sociales ni profetas”. Y Kautsky, más mesurado -y más objetivo-

que Deville, les da con la badila en los nudillos a Marx y a sus ciegos apologistas en estos términos: “Los pensadores pueden, hasta cierto punto, conocer la dirección de los fenómenos económicos, pero no determinarlos a su capricho, ni prever exactamente las formas que revestirán después”.

Esos alardes de heterodoxia habrán contribuido mucho a que Kautsky, que antes de 1917 lucía el título de “el más genial definidor de Marx”, sea llamado después, sin que se registrara desde entonces ni la más insignificante mutación en sus ideas, “el único mixtificador del marxismo”.

Pero es preciso cerrar esas consideraciones y volver a nuestros carneros.

LAS LÍNEAS GENERALES DE LA TEORÍA

Marx afirma que desde los albores de la era capitalista -que hace remontar a principios del siglo XVI- el cambio reviste dos formas. Y las expresa de esta manera: “Al lado de la forma inmediata, que se manifiesta por el ciclo MERCANCIA-DINERO-MERCANCIA, y que tiende a reemplazar una mercancía que tiene cierto valor de uso por otra destinada a otro uso distinto, apareció la forma DINERO-MERCANCIA-DINERO, que ya no explica el hecho de vender con arreglo a las necesidades, sino la compra para la reventa, con objeto de realizar un beneficio indefinidamente repetido”.

Gonnard, en “Histoire des doctrines économiques”, desmenuza el contenido de ambas formas. En la segunda, el dinero se incorpora a la circulación para recuperarlo después, al final del proceso económico, con aumento. Todo el dinero obtenido de ese modo se convierte en CAPITAL. El primer movimiento de cambio principia y termina POR MERCANCÍAS. El interés de la operación consiste en sustituir un objeto apto para DETERMINADOS USOS por aquel que se destina a OTROS USOS. El cambio se basa en la IGUALDAD DE VALOR ENTRE LAS MERCANCÍAS CAMBIADAS.

No es que el autor de “El capital” no supiera explicar las cosas con claridad. Es otra cosa. Es que nadie puede explicar en lenguaje claro las más terribles confusiones. Hasta los doctos se pierden en ese laberinto.

El segundo movimiento de cambio resulta más comprensible. Y Gonnard, extractando la exposición de Marx -que no podemos, por lo extensa, transcribir- lo expone de esta manera: “... Principia y termina por el dinero. Y entonces el interés de la operación tan sólo se concibe si la cantidad obtenida ES MAYOR que la anticipada. Cambiar una cantidad determinada de pan por una cantidad de vino DEL MISMO VALOR es una operación útil para los dos que efectúan el cambio, ya que uno de ellos tiene necesidad del vino y el otro del pan. Pero cambiar cien francos contra otros cien sería una operación vana. Quien lanza los cien francos al círculo del cambio lo hace para retirar luego ciento cinco o ciento diez. Ese aumento es la PLUS VALÍA”.

Por lo tanto, lo que en primer término importa es concretar de que modo puede realizarse y ser repetida al infinito. Marx lo hace. Pero, ateniéndose más a la forma externa que a la medula del problema, mejor confunde que ilustra a quien desea ponerse al corriente.

Tratemos de demostrarlo.

CONFUSIONES PARALELAS

La confusión que engendra Marx es debida a que los errores cometidos antes, al enjuiciar **el valor**, se proyectan ahora -obligadamente- en el estudio de la **plus valía**. Y son esos errores -al propio tiempo que la falta de una visión nítida y amplia del problema- los que le tienen sujeto a las apariencias engañosas de la forma.

El cambio de pan por vino, o de dinamos por alpargatas, o de trajes por motores de explosión, o de patatas por muebles -que tan sólo en casos excepcionales será viable en el terreno personal, de individuo a individuo- difiere en del absoluto del que se efectúa en base a uno cualquiera de los dos ciclos establecidos para asegurar las especulaciones del capitalismo... o de un Estado que tome en sus manos la gerencia de la Economía.

No existe entre ambos modos de cambio ni la más remota analogía. Es una cosa que salta a la vista. Porque la **plus valía** resulta -en el caso que presenta Marx- del cambio entre un valor real y otro ficticio. Si el cambio se efectúa entre **valores reales** -Y SIN INTERMEDIARIOS- la especulación resulta imposible.

Pero ni los aspectos de la **plus valía** son abarcados por esa fórmula, ni los señalados son los únicos, ni puede olvidarse que el cambio -aun efectuado entre **valores** reales- puede revestir caracteres capaces de herir mortalmente a la justicia.

¿Cómo establecer, por ejemplo, la equivalencia de valor entre dos objetos o dos productos determinados? No puede haber quien -racionalmente- piense en ello. ¿Qué elementos no cabalísticos ni arbitrarios podrían servir de base a semejante cálculo?

No interviniendo en ello la representación artificiosa de esos productos -tal como sucede lo mismo en el ciclo **mercancía-dinero-mercancía** que en el vigente hoy, **dinero-mercancía-dinero**, ¿quién sería capaz, de calcular cuántos pares de zapatos vale una máquina de escribir, cuántas resmas de papel vale una tonelada de patatas o cuántos kilos de pan vale una casa? Se trata de un imposible. Y de una tremenda amenaza para el sentido de la equidad.

¿Hay alguien capaz de entenderlo? ¿Esperan esas fórmulas algo que pueda ser comprendido?

Deville, en la obra que hemos citados ya, lo dice con una claridad que le falta siempre a Marx: “... El capitalismo tiene que **comprar las mercancías por su justo valor**, después **revenderlas por lo que valen** y, sin embargo, **sacar de ellas más valor** del que **había adelantado**. Tales son las condiciones del problema”.

Y Gonnard, comentándolo, apunta estas consideraciones: “De nada serviría, en efecto, invocar la idea de que uno -de los que intervienen en la operación compra ó vende mercancías más caras de lo que valen, ya que en tal caso el otro no había de ganar o de perder más que lo que el primero hubiese perdido o ganado, con lo cual no sufriría la menor variación el valor circulante. Y de lo que se trata es de explicar una **plus valía**”.

¿Sería posible realizarla si el cambio se efectuara entre **productos, sin el cálculo imposible de las equivalencias de su valor respectivo, sino basado únicamente en las necesidades del individuo y de la colectividad?**

De ninguna manera. Además, el capitalista no les compra a sus explotados tal o cual artículo manufacturado, sino lo que es manantial de valores cambiables: SU FUERZA DE TRABAJO.

Resulta incuestionable que mientras se atribuya a un **valor supuesto** -que es el dinero u otro signo de cambio cualquiera, inapto para satisfacer no importa qué orden de necesidades- paridad con una porción determinada de ese **valor real** que es la **fuerza de trabajo**, o la resultante en productos de esa fuerza, el capitalismo -o el Estado socialista en funciones de tal- tendrá una base de sustentación inconvencible.

¿Quedaría cegada la fuente de la “plus valía” con la vuelta al ciclo “inmediato”?

Si, como afirma Marx, el secreto de la posibilidad de obtener una **plus valía** determinada radicara solamente en el ciclo **dinero-mercancía-dinero**, salta a la vista que al ser puesto en vigencia el otro, **mercancía-dinero-mercancía** -ya que, según él, todo el interés de la operación estriba entonces en **sustituir un objeto capaz para determinados usos por otro que sea apto para otros** usos-, el sistema presente perderla por completo su razón de ser.

Pero no es así. Y ya hemos explicado en virtud de qué razones.

Puede ocurrir que el capitalismo, viéndose un día seriamente amenazado; trate de contemporizar en una forma nueva. ¿En qué consistida? Ello ha sido ya previsto por algunos de sus médicos de cabecera, entre los que figuran los socialistas.

Consistiría en disponerse a pagarle a **cada obrero** su fuerza de trabajo considerada individualmente, que es lo que cada obrero -sometiéndose a un imperativo categórico que tiene su expresión uniforme en la fuerza- cambia por el salario. Pero ni aun así se soluciona el magno problema. Las cosas siguen, con ligeras variantes, como estaban antes.

Al capitalismo le es imposible de todo punto renunciar al beneficio. Con ello perdería totalmente su razón de ser. Y dado que el beneficio no es otra cosa que la **plus valía**, o sea la diferencia entre lo que saca de un producto determinado y lo que ese producto le cuesta, no parece que el **beneficio** sea conciliable con el pago total a **cada obrero** -calculándola no importa cómo- de su **fuerza individual de trabajo**. Y la interrogación surge espontánea de las entrañas del hecho: ¿Cómo se pueden armonizar ambos extremos?

Si hubiéramos de atenernos rigurosamente a la forma en que Marx plantea el problema, no se podría. Pero se puede. Porque intervienen otros factores de innegable poder. Entra en juego un elemento, comprobado experimentalmente, que pasó desapercibido a Marx, pero que la visión aquilina de Proudhon- puso de relieve.

Fue Proudhon quien observó primeramente lo que sucede cuando el esfuerzo productor pierde su carácter **individual** para convertirse en **hecho social**. Y con esa observación dio con la clave principal de la **plus valía**, ya que la otra -la que se establece en base a la especulación entre el precio de costo y el de venta-, puede desaparecer a medida que el capitalismo se acerque al pago **íntegro** de la fuerza de trabajo de **cada obrero**, mientras que aquella que resulta de la conjugación ordenada del esfuerzo productor entre docenas y centenares de obreros, queda siempre en pie.

Repitémoslo: queda en pie hasta en el caso de renunciar **totalmente** el capitalismo al beneficio que **-separadamente-** le asegura cada trabajador. Porque entonces retiene el beneficio del esfuerzo colectivo, esfuerzo que **“no suma, sino que multiplica la resultante de los esfuerzos individuales”**.

Veamos la forma en que Proudhon lo precisa:

“Se dice que el capitalista ha pagado las jornadas a sus obreros. Y no es así. El capitalista ha pagado tantas jornadas como obreros empleo cada día. Y dista mucho de ser lo mismo. Una

fuerza de mil hombres actuando por espacio de veinte días ha sido pagada como la fuerza de uno solo lo sería durante cincuenta años. Pero esa fuerza de mil realizó en veinte días lo que la fuerza de un solo, repitiendo su esfuerzo durante un millón de siglos, no podría realizar”. (“**Qu'est-ce que la propriété?**”, páginas 94-96).

De donde resulta que la **plus valía** es algo más que “la producción de valor llevada más allá de cierto límite”. Y no puede afirmarse que ella se inicie tan pronto el asalariado “crea más valor del que recibe como equivalencia de su esfuerzo”.

Ya hemos visto que reviste otras formas, y que éstas subsisten, inalterables, aun en el caso de reducirse a un mínimo racional el esfuerzo exigido a cada uno.

Marx no logró percibir el significado, el alcance y las resultantes obligadas del trabajo como fenómeno social, por impedírsele un apego desmesurado a las viejas formas y a los prejuicios autoritarios. En cambio los captó rápidamente Proudhon, a quien se llama por ahí **el padre del anarquismo**.

Por consiguiente, el morbo no se extirpa volviendo al ciclo primitivo -tan engañoso como el otro- ni limitando el esfuerzo productor, ni dándole a **cada uno** -con una exactitud cuyo cálculo escapa a todas las posibilidades- la equivalencia de su rendimiento.

Quedará en pie, agrandándose y produciendo cada día mayores estragos, mientras un valor efectivo -el TRABAJO EN TODAS SUS FORMAS UTILES-, que lo es y lo representa todo, sea cambiado, en NO IMPORTA QUE FORMA, por un valor artificioso, falso, convencional -el DINERO, O LOS BONOS, O LOS VALES con que pueda ser reemplazado mañana-, que no sirve para nada.

El signo de cambio que revista las formas apuntadas es el sello inconfundible de las diferencias sociales.

Y no desaparecerá mientras no desaparezca el último vestigio del actual ordenamiento, por lo mismo que las dominaciones políticas y los privilegios económicos -consagración de aquellas diferencias- se determinan recíprocamente.

CAPÍTULO IV

EL MARXISMO, COMBATIDO POR PROPIOS Y EXTRAÑOS, NO PUEDE SOPORTAR LOS EMBATES DE LA CRÍTICA. Y SE SUMAN AL CORO LOS MISMOS DISCÍPULOS DE MARX

Ya hemos visto cómo enjuician la obra de Marx y sus concepciones -en los puntos de ellas examinados hasta ahora- varios pensadores y hombres de ciencia situados en diversos campos, que, sustrayéndose al influjo partidista, de secta o de escuela, las critican con rigurosa objetividad.

Hemos visto, también, que Marx, lo mismo al tratarse de la lucha de clases, que del valor, que de la plus valía, que de la concentración capitalista, que de la ley de bronce, que de la proletarización creciente, no hace más que recoger y sistematizar -sin que en ningún caso logre

mejorarlas ni darles un tono más en concordancia con los hechos experimentados, con las aportaciones de la práctica o con lo que pueda deducirse lógica y científicamente de ella-, el pensamiento de Turgot, de Mirabeau, de Lamennais, de Lassalle, de Sismondi, de Thomson, de Ricardo, de Proudhon y de otros muchos.

Gonnard, en la obra ya citada (“Histoire des Doctrines Economiques”), lo patentiza en base a una documentación copiosa y absolutamente irrecusable.

Y no es el único. Otros lo hicieron con igual maestría. Esos documentos prueban -sin que otros documentos hayan venido a desmentirlos, y ni siquiera a reducir más o menos su valor-, que Marx elaboró un sistema propio con materiales ajenos.

No es aislado el grito de los continuadores de Ricardo, protestando del donaire con que el autor de “El Capital” se apropiaba algunas de sus ideas.

Desde Gide hasta Rist, pasando por una serie interminable de pensadores y analistas -doctrinarios o empíricos- consagrados a la investigación histórica y científica, como Cahen, Richard, Bonnet, Goblot, etc., todos ponen de relieve el parentesco indisoluble entre los elementos que integran aquello que podríamos llamar el mosaico marxista, y los que ofrecieron al estudio y a la clara concepción de los fenómenos de la vida social, Smith, Baboeuf, Saint Simon, Fournier y otros varios, además de los citados más arriba.

A pesar de que esos elementos aparecen todos un tanto deformados por la tendencia escolástica -de cuyo peso no pudo Marx librarse nunca-, resulta a todas luces inconfundibles. Porque lo probado hasta la saciedad y lo que no admite ya debate, es que Marx pudo hacer gala de cualquier cosa, de cuanto quieran sus panegiristas -que no queremos ahora discutirlo aquí-, pero no de originalidad.

Ella no se muestra ni en un solo punto de su obra. Ni la originalidad, ni el caprichosamente ponderado rigor de su método científico. Ya está probado por sus mismos partidarios que no lo tuvo jamás en cuenta. Y es que no podía. Porque es del dominio público que, a su juicio, las doctrinas no han de ser una deducción de las realidades contingentes, sino que, por el contrario, los hechos -tanto los ya comprobados como aquellos que se supone fundadamente que han de seguirles más o menos de cerca- tienen que amoldarse a las previsiones que alguien, de una manera estrictamente subjetiva, haya formulado de antemano acerca de los mismos.

Y el equívoco sigue todavía en pie. El actual proceso económico desmiente a cada paso y de manera rotunda las aseveraciones del marxismo. Pero los marxistas no quieren dar su brazo a torcer. Y no sólo se obstinan en mantener enhiestos aquellos grandes errores que son patentes, sino que procuran mixtificar la naturaleza íntima de cualquier fenómeno sobre el cual no tengan a mano un dictamen de Marx. Y hasta en algunos casos emplean un procedimiento más expeditivo: lo niegan.

No conciben ni están dispuestos a reconocer aquellos hechos no previstos en la dialéctica.

Después de todo, es lógico que los discípulos sigan el ejemplo de su maestro, ya que su maestro también lo hizo...

DEJEMOS LA PALABRA A LOS DISCÍPULOS NO DISPUESTOS A “SEGUIR”

¿Qué dicen del marxismo las diversas fracciones en que se divide el socialismo autoritario?

Sus críticas coinciden en muchos aspectos con las formuladas por los anarquistas. Tenemos empeño en consignarlo antes de referirnos al punto de la doctrina que reclama más amplio comentario: **La concepción materialista de la Historia.**

Brindaremos así otra prueba de que en nosotros la adjetivación más dura no implica el eclipse de la serenidad, ni es dictada por el afán de atacar al adversario contra viento y marea, ya que nuestra dureza está por debajo de la empleada por los creyentes de ayer, que rugen y apostrofan sin miramientos al sentirse **emancipados.**

Conviene demostrar palpablemente que no negamos de una manera sistemática todo carácter científico a la obra de Marx, puesto que ya antes, bien que situados en un ángulo visual distinto, lo hicieron aquellos mismos marxistas que más contribuyeron a prestigiar el marxismo.

Nos referimos, entre otros muchos, a Sorel y Errico Leone. El valor incuestionable de esos dos testimonios, permite pasar por alto una larga serie de transcripciones.

El primero, ha llegado con su bisturí a las mismas entrañas del sistema que se apoya -únicamente, sin otra base- en la dialéctica. Y el segundo, en “Neomarxismo”, reclama, con su revisionismo, un Voronoff desconocido, capaz de comunicar nuevo vigor a un cuerpo viejo, que se manifiesta achacoso y decrepito en todos los sentidos.

Ha de sernas fácil observar que lo mismo ellos que otros varios socialistas de distintas tendencias, pero todos notoriamente influenciados por el marxismo, se ocupan de Marx y de su obra, algunas veces en formas destempladas, y casi siempre con mordiente ironía...

No vale recusar el testimonio de los situados en la zona que podríamos llamar templada, puesto que coincide con el de aquellos otros que figuran en el ala más extrema. Tal circunstancia tiene un valor indiscutible, ya que viene a demostrar de una manera fehaciente que no habla, ni en unos ni en otros, el ciego “parti pris” -o la oposición dogmática-, sino la voz del análisis sereno.

El caso de Bernstein, por ejemplo, resulta muy curioso. No intenta derribar a piquetazos las paredes maestras del edificio levantado por la famosa dialéctica. Lo reputa innecesario. “Y se limita a escarbar -apartándola cuidadosamente- en la arena que sirve de base a la construcción”. “Apartados los elementos sin ninguna consistencia -afirma-, no queda nada”. Y añade: “Marx no supo dar, ni remotamente siquiera, un carácter realista a su obra”. Y a continuación lo demuestra y pone al descubierto que la base de la misma es falsa.

No hemos de volver sobre las irreverencias de Kautsky, que antes de rebelarse gozó de inmenso predicamento, ponderándose al infinito su “formidable cultura marxista”.

Sorel, que ha penetrado como pocos en la médula del marxismo, al que prestó, lo mismo en Francia que fuera de ella, todo el prestigio de su nombre, ha dicho en “Revue de Sociologie”: “La sociedad ideada por Marx es una cosa enteramente supuesta, raramente simplificada; una construcción debida a ingeniosos artifices”. Y luego añade: “Es preciso abandonar la idea de transformar el socialismo en ciencia”.

Mac-Donald, antes de ser triturado por el ejercicio del Poder el predicamento de que gozó un día en el campo del socialismo autoritario, hubo de apuntar este juicio irreverente: “Se puede situar a Marx en los umbrales de la sociología científica, pero no más allá”.

Benedetto Croce puntualiza sin miramientos las hipótesis de Marx, sofisticas y quebradizas, cerrando su crítica con esta afirmación: “El capital” es el producto de una investigación abstracta. “Lo estudiado por Marx no es ninguna sociedad históricamente existente; es una sociedad ideal y esquemática, deducida de algunas hipótesis que probablemente no tuvieron el menor principio de confirmación en el curso de la historia”.

El juicio de Labriola -antes de pasar el Rubicón- se confunde con el de Croce. Y ocurre lo propio con el de Saverio Merlino. Aquel Saverio Merlino -es indispensable recordarlo- que se apartó de los anarquistas para incorporarse más o menos a las corrientes del socialismo autoritario, **al convencerse** -¡después de treinta años de luchas en nuestro campo!- **de la eficacia de la acción parlamentaria**.

¿Y Giovanni Papini? Recogemos -huelga decirlo- los juicios de Papini anteriores al advenimiento del fascismo. Porque nosotros, en nuestro afán de ecuanimidad, negamos todo valor a cuanto digan de no importa qué tendencia o de no importa qué concepción aquellos que perdieron totalmente su probidad moral e intelectual al endosar la librea del lacayo y vaciar sus estudios en los moldes fabricados -e impuestos- por un Duce cualquiera.

Nadie trató jamás a Marx con tan despiadado sarcasmo como Papini lo hada. “Es tan ingenioso -dice- su análisis de los hechos, tan finamente irónico, que se le ha podido tomar por una obra de ciencia”. Como se ve, muerde al propio tiempo que razona.

Pero Errico Leone es el que con más brioso empuje ha hecho saltar en fragmentos las piedras angulares del sistema marxista. No se ha pronunciado todavía contra él una requisitoria tan vigorosa como la que encierra su “Neomarxismo”. Y, en parte, le sucede con respecto a Sorel lo que a éste con respecto a Marx.

Sorel se había propuesto intensificar la obra de Marx, desarrollar su espíritu, revisar, para darles nueva vitalidad, las partes de aquélla que por la nueva situación de la sociedad se habían vuelto contradictorias o caducas. Pero el examen le apartó del camino que se trazara, enunciando ideas y doctrinas en antítesis rotunda con el marxismo. Y oponiendo a la metafísica hegeliana -de que está impregnada la obra de Marx- el intuicionismo bergsonian, impugnó triunfalmente las principales tesis de la dialéctica.

También Leone enarbolaba al viento la bandera del revisionismo. Pero después de una vivisección magistral del marxismo, que no resiste los embates de su crítica, aparece claro que tampoco está de acuerdo con Sorel. Leone afirma que, a través de sus actividades y de sus luchas diarias, se concreta en las organizaciones obreras orientadas a la moderna una vocación espiritual y material que tiende a hacer del trabajo el centro mismo de la vida social y a poner término al predominio del Estado y del capitalismo. Y dice que para alcanzar ese resultado es necesario establecer un sistema de convivencia basado en una civilización de los productores, aportada por los productores mismos, **QUE CELEBRE EL DERROCAMIENTO DE LOS PODERES JERÁRQUICOS DEL ESTADO COMO LA INAUGURACIÓN DEL TRABAJO VOLUNTARIO Y ASOCIADO**. Y así resulta que el único punto en que Sorel no se separa por completo de Marx es el mismo en que Leone no transige con Sorel.

Deja sin posibles funciones al Estado. Ve en él un trasto viejo. Viejo y, además, superlativamente peligroso. En cuanto a los partidos que pugnan por con-

quistarlo, los declara **INCAPACITADOS PARA AYUDAR EN SU COMETIDO A LA REVOLUCIÓN TRANSFORMADORA**.

Bastaría ese extremo para que los marxistas catalogaran a Leone entre los PEQUEÑOS BURGUESES, presentándonoslo como un **indeseable**. Pero, según hemos visto ya, tienen otros en qué fundar su excomunión

Y ahora, después de ver lo que piensan del SOCIALISMO MARXISTA los socialistas de diversas tendencias, examinaremos a renglón seguido la firmeza de los puntos que sirven de apoyo al MATERIALISMO HISTORICO.

CAPÍTULO V

LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA, BASE FUNDAMENTAL DEL MARXISMO

El materialismo histórico -que podría llamarse con más propiedad determinismo económico- es la más discutida de las tesis que constituyen la urdimbre de la dialéctica marxista. Y es también aquella en que más completamente se prescinde de los hechos que registra la Historia.

No hay nada en esa tesis que indique el propósito de seriar metódicamente los hechos de la vida social y de la vida humana -cuya reciprocidad de influencias es de todo punto indiscutible- a tenor de las deducciones que permite la experiencia, los hechos comprobados repitiéndose al infinito en las mismas condiciones, o con variantes de mínimo alcance que no alteran su significación objetiva.

Es muy posible que Marx fundamentara alguna de sus previsiones en “un hecho”. No vamos a negarlo. Sin embargo, salta a la vista que hizo caso omiso de “los hechos”, que es precisamente lo que importa. Porque sobre un fenómeno aislado no se puede edificar un sistema. No se puede generalizar en base a lo excepcional. A las conclusiones se llega -si no les sabe mal a los marxistas- deduciendo de las reglas.

Y no es en un solo caso, sino en todos. Lo mismo al tratarse de una célula hepática, que cuando se estudia una neurona. Tratándose del movimiento de los cuerpos, como de la evolución de las sociedades humanas.

No es posible aceptar como lógico y razonable en sociología aquello que es a todas luces absurdo y arbitrario en biología.

EL ENUNCIADO DE LA TESIS

En la forma se parece poco a la que le dieron algunos enciclopedistas en el último tercio del siglo XVIII. Pero su fondo es el mismo. Con ella no aparece nada nuevo bajo el sol.

“El modo de producción de la vida material domina el desarrollo de la vida social, política e intelectual”. Y de la explicación del principio se destacan con fuerza estas dos ideas centrales: que los hechos económicos dominan todos los restantes, y que entre los primeros, los medios de producción constituyen el hecho predominante.

Por lo tanto, los acontecimientos históricos están siempre subordinados a los intereses materiales, y las condiciones de la vida material dominan al hombre y, de rechazo, son causa determinante de las costumbres, de las instituciones sociales, políticas, jurídicas, etc.

Como se ve, el poder de la causalidad económica abandona el campo del determinismo y del materialismo, para meterse de rondón en la esfera del fatalismo.

Ante ese, poder incontestado se eclipsan los atributos más estimables del individuo: las voliciones, los sentimientos, la inteligencia. Todo aquello que la pobre humanidad -lamentablemente equivocada antes de asomarse Marx al proscenio- consideraba foco admirable de vibraciones creadoras es despreciado olímpicamente. No pesa lo más mínimo en la balanza de las previsiones marxistas. Ni tiene el más insignificante hueco en la dialéctica... hegeliana.

Dijo un filósofo griego que “el hombre es la medida de todas las cosas”.

Eliseo Reclus considera que ese pensamiento es de una profundidad no fácil de medir. Pero es lo cierto que pesa sobre esa medida, sobre el hombre, sobre su facultad pensante, sobre las nobles pasiones y los empaños persistentes de que se le cree capaz, un despotismo material o económico que le anula Y lo reduce a cero.

Las raíces con que en las primeras edades evitaba el peligro de la desintegración, la choza en que tenía que guarecerse Y la tosca piel con que se resguardaba de las temperaturas inclementes, hicieron del hombre un ente digno de todas las conmisericordias o un miserable gusano. Y ahora es tan sólo apto para someterse ha cualquier imperativo: a los de la ley escrita o a los del materialismo. Tanto monta.

En este mismo momento, si yo formulo la crítica -que quisiera acerada y convincente a un tiempo- de los errores -y de las herejías científicas- de la concepción materialista de la Historia, no interviene en ello para nada mi voluntad. Ni pensarlo siquiera. Contrariamente a lo que puede parecer a simple vista, no hago más que someterme a determinados imperativos económicos. Es verdad que ni los siento ni los percibo. Pero no importa. Marx y sus seguidores -sin cumplir con los deberes del “onus probandi”- afirman categóricamente su existencia. Y yo no tengo más remedio que inclinarme y aceptarla.

Pero si sucede -y ello es frecuente- que la voluntad que en mí palpita con fuerza sea capaz de reaccionar, en mayor o menor grado, contra los poderosos determinismos económicos a que estoy sujeto, y me rebelo contra ellos y hago lo contrario de lo que ellos -según el dogma- preceptúan, entonces los marxistas seguirán diciendo que el caso se explica por “la variedad de formas en que la causalidad económica se manifiesta”.

Y es inútil darle vueltas. El marxismo vive aferrado a sus aberraciones gigantescas, como la lapa a la roca. Porque en el inmenso laboratorio humano -a pesar de que Engels ha tenido que confesar que en sus retortas ocultas se manipulan y se transforman ácidos **“que sin ser de procedencia económica”** son susceptibles de reacciones formidables-, todo ha de producirse de acuerdo con esa fatalidad que Marx quiso cubrir con la túnica elegante del determinismo.

LA INTUICIÓN Y EL ANÁLISIS

En una obra de Alfonso Asturaro consagrada al estudio del marxismo (“El materialismo histórico y la sociología general”) se habla de la **genial intuición** de Marx. Y Asturaro considera, como Labriola, que el materialismo “es un hilo conductor en el laberinto de la Historia”.

Está fuera de debate que la intuición es un magnífico punto de arranque para toda suerte de investigaciones. Es el factor que valoriza principalmente el método inductivo-deductivo. Pero tampoco puede nadie sostener que la intuición se baste a sí misma.

La intuición es el generador más potente de las hipótesis. Pero las hipótesis necesitan un punto de partida y una base. Sin ambos requisitos carecen en absoluto de valor.

¿Es que la atómico-molecular, la electrónica, la iónica, la iniciónica, etc., son debidas a un genio sintético o analítico que tuviera un día la ocurrencia de formularlas caprichosamente? No. Nadie sería capaz de suponerlo. Cada una de ellas es la resultante o la deducción lógica, racional, científica, de un hecho más o menos experimentalmente demostrado. Es una avanzada hacia lo desconocido de aquello que, mejor o peor, se conoce ya. Es la inteligencia deduciendo de hechos particulares -muchas veces repetidos- una conclusión general, que será mañana la “ley”, si acierta, o que será rechazada de plano por todo el mundo si es desmentida prácticamente por las investigaciones realizadas al calor de la nueva hipótesis en el dominio de lo experimental.

Y ello indica que, necesariamente, el eje sobre que gire todo “supuesto” ha de ser un principio de realidad, clara o vagamente manifestada. Exactamente lo contrario de cuanto le ocurre al marxismo, ya que no tan sólo prescinde de esa realidad, sino que además, la **desmiente**.

Es, pues, un “supuesto” sin aquellos requisitos que permiten -o que obligan, según los casos- tomarlo en serio.

Un simple supuesto. Y algunas veces algo peor: un supuesto simple. Muy simple.

CONTRASENTIDO QUE EL MARXISMO NO PUEDE EXPLICAR

Las paradojas y los conceptos abiertamente metafísicos -en que no son tenidas para nada en cuenta ni la Historia ni la Ciencia- que constituyen el basamento del materialismo, pierden por completo el equilibrio al soplo del análisis más somero. Y su base queda convertida en montón informe de escombros.

Marx afirma que **“las formas de la producción condicionan “in globo” el proceso social, político e intelectual de la sociedad, y que no es la conciencia del hombre lo que determina su manera de ser, sino todo lo contrario: es su manera de ser lo que determina su conciencia”**.

Y Engels, que conquistó a pulso el título de **alter ego** de Marx, resume en estos términos la cuestión: **“Las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social no han de buscarse en la cabeza de los hombres, sino en las metamorfosis de la producción y del cambio”**.

Los hombres de vasta cultura sociológica, acostumbrados a captar la palpitación más íntima de los fenómenos, se han preguntado muchas veces -y se lo preguntan todavía hoy- si vale la pena tomar en serio tales salidas de tono. Porque esto es, sencillamente, barrenar a la luz del día, con jactancia y ostentación, aquello de que los estudiosos y los inquietos -que no han de aprender nada del marxismo- tienen, desde hace ya mucho tiempo, conciencia plena.

Se sabe positivamente que determinadas circunstancias económicas pueden **condicionar** -y de hecho condicionan- determinados fenómenos políticos. Pero se sabe con idéntica exactitud que no pueden **producirlos**. ¿Quién es capaz de aportar la prueba de que en un solo caso los hayan producido?

¿Materialismo histórico? ¿Economismo? No. Fatalismo musulmán. Esa pretendida fatalidad del paralelo entre la evolución política de un pueblo y su desarrollo industrial, y la estrecha relación de dependencia de la primera al segundo son el trasunto de un dogmatismo mandado recoger hace ya tiempo.

Es el estómago dominando la Historia. Es un plato de lentejas imprimiéndole rumbos a la Humanidad. Es la inteligencia y la voluntad de los hombres convertidas en factores de menor cuantía. Es el progreso del mundo sometido a una cosecha desgraciada.

Es el individuo, ese individuo cuya potencia creadora ha exaltado tanto el anarquismo, reducido a la triste condición de fantoche sujeto a las influencias de la pitanza, sin la posibilidad de reaccionar contra ellas por medio de voliciones vigorosas y persistentes.

¡Y pensar que una doctrina maculada y desacreditada por tales aberraciones se ofrece al público ciñendo la corona pomposa del **socialismo científico**!

No se concibe que haya quien niegue, a estas alturas, el brillantísimo papel desempeñado siempre por la voluntad, y por la inteligencia, y por las ideas en la evolución de las sociedades.

Bien es verdad que tan sólo el marxismo -en bancarrota fraudulenta- tiene la osadía de negar rotundamente el poder enorme de las fuerzas morales en la determinación de los acontecimientos humanos. Tanto peor para él. Porque con ello acentúa irreparablemente su bochornoso descrédito.

El mismo Asturaro, que simpatiza con el materialismo -pero sin llegar a confundir la **condición** con la **causa**-, hubo de rebelarse contra el **modo** marxista de postergar los valores morales y su influencia decisiva en la evolución humana.

“Los adeptos del materialismo histórico -dice en la obra ya citada-, afanosos de demostrar la fundamentalidad del hecho económico y de poner de relieve la acción ascendente de éste sobre todos los epifenómenos en las sociedades capitalistas e históricas, no, **podían acometer el estudio de las reacciones sufridas por el mismo fenómeno económico**”. Sin perjuicio -añadimos nosotros- de reconocerlas con frecuencia, unas veces teniendo consciencia de ello -como en el caso de Engels, señalado más arriba- y otras por inadvertencia.

No sintiéndose obligado por compromisos de partido -que no contrajo nunca- ni por unas torpes disciplinas que repudia sin reservas, Asturaro flagela sin miramientos las audaces extravagancias que su percepción descubre en una doctrina que llegó a deslumbrarle en un momento.

Y después de examinar algunas de las reacciones a que se refiere lo transcrito, poniendo de relieve que las más importantes son precisamente aquellas **que no provienen de la relación utilitaria de medio afín** -razón por la cual han de escapar totalmente a las causas materiales o

económicas-, apunta lo siguiente: “Toda actividad larga y provechosamente ejercida **como un medio** da lugar en el individuo a una nueva **finalidad**; toda necesidad relativa, frecuentemente satisfecha, engendra una necesidad absoluta. Surgen sentimientos desinteresados, que corresponden a lo que Ardigó llamara **idealidades sociales**, como el amor a la gloria, el deseo de conocer la verdad y otros análogos, cuya existencia no puede ser negada **a priori**, porque hasta en los animales inferiores encontramos necesidades parecidas y hasta homólogas, como la combatibilidad, el altruismo, la generosidad, etc.”.

Indirectamente, y con toda la fineza que le caracteriza, Asturaro demuestra que Marx no pudo apoyar en tierra por la base la pirámide de sus concepciones -o de aquellas que hace suyas sin permiso de nadie-... sencillamente, porque esa base no existía.

Lo mismo en los extremos apuntados que en otros muchos, se comprende que la dialéctica ha querido dejar sentado -mediante afirmaciones categóricas nunca demostradas- aquello que niega la Biología. Y lo ha hecho en términos absolutos, sin que en ningún caso le asaltaran aquellas dudas que, según Guyau, constituyen la dignidad del pensamiento.

Marx no tiene el menor reparo, en su deseo de valorizar sus personales previsiones y contraviniendo **todo lo que se sabe**, todo lo experimentalmente demostrado en el terreno científico, en colocar al hombre a más bajo nivel que las especies inferiores. Ello prueba que no hay ligereza en afirmar -como nosotros lo hacemos- que era capaz de atreverse a lodo. A nadie llegó nunca a cegarle tanto como a él la egolatría. Y es ésa la **virtud** que con mayor fidelidad han recogido del maestro los discípulos.

No supo -o no quiso- tener para nada en cuenta ciertos axiomas que nadie discute ya. Negó sin reparos la misma evidencia. Porque es evidente que en la sociedad, toda estructura, toda forma de relación y de convivencia -cuando no son impuestas por la fuerza- son la resultante de las necesidades de todo orden experimentadas por esas unidades palpables, visibles, pensantes, activas que se llaman hombres, y que todo fenómeno social es el producto de los actos combinados de esas unidades, sujetas, como es natural, a un juego multiforme de influencias, políticas, morales, económicas, psicológicas, étnicas, etc., sin que haya medio humano de establecer concretamente cuál de entre ellas es la preponderante, ni el grado ni el tono.

Son sus esperanzas, sus deseos, sus necesidades, sus voliciones, sus tendencias, la gran fuerza que, en definitiva, lo mueve todo. Las condiciones económicas generales, el modo de producción, el grado de desarrollo de la Economía, pueden favorecer más o menos los avances de esa fuerza. Pero son impotentes para determinarlos.

La Historia es registro copioso de hechos constantes que no tienen ni el más remoto parentesco con la Economía, ni pueden ser engendrados por ella.

¿Cómo se puede sostener que las relaciones económicas -o materiales- sean independientes de la voluntad del hombre? ¿Cómo se pueden cerrar los ojos al hecho comprobado, innegable, evidente, de esta multiplicidad de fenómenos de todo orden que son, a un tiempo, causa determinante y efecto determinado de otros fenómenos?

Esas influencias que se ofrecen a la mirada del observador atento como bilaterales y recíprocas -ya que no pueden tener otro carácter-, y a las que la concepción materialista se obstina, bien que inútilmente, en atribuir un sentido unilateral rígido, permanente, inalterable, nos son presentadas por el marxismo como motriz fundamental del proceso histórico.

Sin embargo, puede afirmarse que todos los genios fracasarían en el empeño de establecer demarcaciones más o menos rígorosas entre las influencias específicamente económicas o materialistas y aquellas que, según perciben hasta los ciegos, no lo son.

¿Cómo puede darse la explicación clara, concreta, satisfactoria de un fenómeno moral, en base al poder determinante de los fenómenos económicos?

¿Cómo es posible sostener que el pensamiento humano, las evoluciones de toda clase, los sentimientos, todo aquello, en fin, que forma la urdimbre de los atributos inapreciables del hombre, esté subordinado estrechamente a las influencias de la Economía y sea determinado por ella, mientras que, por el contrario, la Economía escapa totalmente a las influencias y a la voluntad del hombre?

¿Qué elementos de juicio basados **en lo que se sabe**, y no **en lo que se cree por algunos** -o en lo que tuvo un día la ocurrencia de afirmar un **genio**-, que arranquen de lo establecido por la investigación científica, por las experiencias históricas-y no de una especie de absolutismo esotérico- permiten fijar esta incomprensible demarcación entre los fenómenos económicos y los que tengan otro carácter?

¿En qué laboratorio desconocido y mediante qué instrumental maravilloso -detentado exclusivamente por el marxismo- pudo hacerse el análisis?

“Cuando se posee madurez moral -afirma List- y se tiene una finalidad justa por guía, los defectos de la organización política y económica, tardando más o menos y **con traumatismo o sin él**, son siempre corregidos”.

Es decir que, a su juicio, **la voluntad y las ideas** son, a un tiempo, **palanca y punto de apoyo**. Se trata de una realidad puesta de relieve por las mutaciones de todo orden que en la sociedad se operan constantemente, tanto si su ritmo es lento como vertiginoso.

“Un fenómeno económico -dice De Greef (“La Sociologie Economique”), citado por Paul Gille en “Exquisse d'une Philosophie de la Dignité Humaine”-, no es nunca un fenómeno puramente material. Los fenómenos económicos, sobre los cuales estoy de acuerdo con la escuela marxista al considerarlos fundamentales en la estructura y en la vida colectiva, implican otros fenómenos”. Y en abono de su idea, seguro de afirmar algo que por nadie ha de ser puesto en tela de juicio, añade: “Desde el momento que un fenómeno es social, **no es nunca puramente material**”.

De Greef no hace otra cosa que traducir al lenguaje una verdad proclamada a gritos por la comprobación diaria. Estos hechos han permitido a Espinas afirmar que “la sociedad es un organismo de ideas”. Y son también ellos los que permiten a Eliseo Reclus apuntar en “Evolución y Revolución”: “Es la savia lo que hace el árbol; son las ideas las que hacen las sociedades”. Y luego añade: “**Ningún hecho de la Historia ha sido tan exactamente comprobado**”.

La fuerza de esas objeciones y de esas críticas -como de otras que iremos viendo- obligó a Engels a reconocer -negando con ello el punto de partida de la dialéctica-, que “la causalidad económica no es exclusiva en la Historia, sino únicamente decisiva”. Es una concesión que -aun siendo incompleta- vale oro, ya que tras ella -y como consecuencia de ella- vinieron otras. Y no se pueden suprimir las piedras angulares de una construcción sin que se venga abajo el edificio. Porque más tarde el mismo Engels se adelanta un poco más en el terreno de la capitulación, reconociendo que **tampoco se confirma siempre el carácter decisivo de la causalidad económica**.

La ausencia de realismo y de sentido histórico en la obra de Marx, es reconocida por todos aquellos que en el campo de la cultura y en los dominios de la investigación fueron capaces de conquistarse un nombre.

Y queda en pie una verdad admitida, desde siglos antes que Marx naciera, .por todos los pensadores que se han ocupado del individuo en sus relaciones con la sociedad y de los múltiples fenómenos que la sociedad engendra. Es esta: **que las realizaciones ideales son imposibles sin las condiciones materiales adecuadas**. Por consiguiente, constituyen la condición de aquellas realizaciones. No su **causa**.

“La causa -dice Paul Gille-, la fuerza motriz de nuestros actos, está en nosotros. Surge de las diversas necesidades de nuestra naturaleza”.

También Menger -al margen de los matices más o menos partidistas-, en observador atento, sienta afirmaciones que no han podido ser impugnadas por el marxismo.

“Si en las fábricas y. en los talleres alemanes se ocuparan solamente negros o coolís chinos, nunca habría podido nacer en Alemania la social democracia, **ni aun suponiendo reunidas todas las condiciones previas del orden económico**”. (“Etat populaire du travail”).

La impotencia coloca a los jerifaltes del absolutismo económico en la imposibilidad de replicar triunfalmente a las objeciones que destruyen su base y entonces se zambullen por completo en la charca de una metafísica que macula todo lo que toca.

Pero no se les deja a sol ni a sombra. Son atacados por todos los flancos.

Paul Gille, ya tantas veces citado en “Exquisse d'une philosophie de la dignité humaine”, recogiendo la **versión marxista** de los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores -Estatutos que fueron falseados por Marx con un descoco sin precedente-, en la que se dice “que la sujeción económica de los trabajadores a los detentadores de los instrumentos de producción es la **causa primera** de su servidumbre en todas sus formas”, replica: “Se puede asegurar que esta “causa primera” no tiene nada, en absoluto, de **primera causa**. Ella tiene su origen en una concepción jurídica, en una concepción de la propiedad, y ésta, -basada, a su vez, en un error filosófico: la ilusión absolutista y de las creaciones autoritarias- que le comunica fuerza y vigor, que le da aquella fuerza moral sin la que cualquier régimen económico sería un cuerpo sin alma. La verdadera causa **-eficiente**, pero no **primera**- de toda servidumbre social viable **reside en el espíritu que la justifica**, en la razón extraviada, ilusionada que la sostiene y le da fuerza de vida”.

Si el marxismo fuera capaz de elevarse hoy a la comprensión de la intensidad y de la extensión con que las fuerzas morales obran sobre el carácter y el modo de ser de los individuos y sobre la marcha de las agrupaciones humanas, condenaría sus textos a ser pasto cíe las llamas.

Pero no puede. Todo lo que es de orden psíquico le escapa. No sabe una palabra de los factores **personales** que intervienen en toda mutación social y en todo avance. Ignora por completo ese **generador** potente de todas las creaciones que jalonan la historia. Y tan sólo encuentra la explicación de todos los fenómenos, en variedad infinita, sabiendo que hay unas máquinas en funciones y una cosecha abundante y a punto de ser consumida...

Es inútil obstinarse en lo imposible. Nadie logrará jamás brindar -clara, convincente, satisfactoria, basada en lo comprobado o en lo comprobable- **la explicación económica** de infinidad de hechos observados todos los días. La dialéctica es impotente para ello. Cuanto más se empeña en explicarlos más los confunde... y más se pone en ridículo.

Pretender que el desinterés de que ofrecen alto ejemplo aquellos que no solamente renuncian a conquistas que loo serían fáciles en la sociedad, sino que, además, se desprenden de todo lo que poseían, viviendo por su libre elección, espontáneamente, sin que nada más que sus ideas, su concepto de las cosas, sus sentimientos, etc., les obligue a ello, en formas materialmente

raquíticas, reconoce como causa ocultos intereses materiales o económicos, es algo que en verdad tan sólo se concibe en quienes han hecho de las más torpes extravagancias el basamento de una doctrina.

Es algo, en fin, que no puede ser sostenido por nadie .que tenga una noción más o menos clara del ridículo. Son cosas tan distantes de la realidad, como suponer la intervención de los **imperativos económicos** en el deleite que buscamos escuchando una sinfonía de Beethoven, o en nuestra pasión desbordante por los dramas de Ibsen, o en la emoción estética que engendran en nosotros Goya y Rodin.

Pero entonces costaría trabajo comprender que se encontraran individuos para aquellos oficios que ganan poco--en comparación con otros-, son .pesados y están expuestos a mil peligros. Sin embargo, abundan los pescadores asalariados que no quieren cambiar de profesión, hay forjadores y hay albañiles. Y nunca se ha dado el caso de que en una zona determinada -en virtud de ser el factor económico o material el único poder determinante- todos quisieran ser, por ejemplo, montadores electricistas, o relojeros, o sastres.

¿Qué **modo de producción** ni qué estado de la Economía, ni qué concepción materialista de la Historia son capaces de explicar, por ejemplo, el caso del radiólogo que trabaja silenciosamente en un rincón oscuro, ignorado casi de todo el mundo, sabiéndose condenado a muerte y teniendo la seguridad de que podrá salvar su vida abandonando a tiempo la manipulación del mortífero producto, a pesar de todo lo cual persiste en su empeño.

¿Cuál es su movente fundamental? ¿Espera un **premio** que le permita mejorar las condiciones económicas de su existencia? Le consta que nadie ha de dárselo. ¿Debido a qué consideraciones profundas, obstinadas, inalterables sigue investigando el medio de evitarles dolores a los hombres y de salvar vidas a cambio del sacrificio de la propia?

¿Qué espera? ¿Qué pretende? ¿A qué aspira? ¿No será el afán de dejar un nombre estimado lo que lo mueve? ¿No será la legítima ambición de gloria el centro-motor de la persistencia con que camina hacia una muerte segura en busca de beneficios para los demás?

No puede darse un caso más caracterizadamente moral que el de ese hombre. Y morales habrán de ser las compensaciones que por su gesto reciba con exclusión absoluta de cualquier sentido material.

¿Qué fenómeno material o económico permitirá nunca medir la fuerza asombrosa de las causas morales que permiten a ese hombre renunciar a todo -¡incluso a la propia vida!-para ser de utilidad a sus semejantes?

¿Cómo explica la dialéctica el caso de un hombre de laboratorio que se pasa quince años de su vida, día por día, curvado sobre el microscopio, tratando de descubrir la verdadera naturaleza de la célula macho en las moscas?

Para continuar sus estudios consume hasta el último vestigio de sus posibilidades económicas. Y le consta que una vez alcanzado el fin que se propone, no habrá quien pague por sus trabajos ni una perra gorda. Y le consta asimismo, que en el mejor de los casos su nombre -perdido por completo en el anonimato- llegará a conocimiento de media docena de investigadores, sin que a nadie se le ocurra jamás la idea de glorificarlo.

Sería idiota pretender que sean materiales o económicas las fuerzas que le empujan y ya ni los propios marxistas se atreven a sostenerlo.

La realidad de los hechos diarios nos coloca a distancias astronómicas de la concepción materialista de la Historia.

Que vengan los marxistas con su materialismo y con su dialéctica, a explicarnos en virtud de qué consideraciones económicas se alistán los individuos, en todas las poblaciones que son puerto de mar, -en la Asociación de Salvamento de Náufragos-.

Los **voluntarios** saben que **no han de recibir nunca nada**, que su nombre no sonará jamás en público, que no serán jamás objeto ni de una simple mención honorífica.

Sin embargo, cada vez que hay vidas en peligro, conduciéndose con el valor y con la abnegación de los auténticos héroes, sin que nada ni nadie pueda obligarles a ello, puesto que desempeñan un papel que escogieron espontáneamente, desafían las furias ciegas de la tempestad que amenaza devorarles. Y lo hacen una vez tras otra, sin parar y sin cansarse.

¿A qué compensación material aspiran? A ninguna. Ya saben que ni siquiera la jornada de trabajo que pierden ha de serles abonada.

Los sentimientos que les mueven son demasiado grandes para que lleguen a comprenderlos aquellos **amoralistas** del marxismo que únicamente comprenden la grandeza determinada por las más bajas materialidades.

Que expliquen las causas materialistas del celo del cariño, de la pasión con que un hombre de noventa años planta un árbol y lo riega cuidadosamente todos los días y arranca las hierbas que nacen a su alrededor, para que no le disputen ni un adarme de la savia que necesita para crecer con lozanía, **sabiendo que tardará veinte años en dar sus primeros frutos**.

O del individuo que consagra los años más bellos de su vida al estudio, falto de todo, ignorado de todos, sin que las gentes sepan que existe, ni que estudia, escribiendo obras admirables que no verán la luz pública hasta después de su muerte.

Que digan en virtud de qué determinismos económicos o de qué incomprensible linaje de especulaciones materialistas son posibles tales fenómenos.

Que expliquen el caso de los anarquistas, típico entre todos.

Marx dijo una vez -en un momento de sinceridad y mal humor-, que “muchos estudiantes sin vocación para el estudio, como algunos abogados sin pleitos y algunas médicos sin enfermos, **buscan en el socialismo una carrera y una salida**”.

En el anarquismo - que también en esto difiere fundamentalmente del socialismo autoritario- no encuentra nadie aquella carrera y aquella salida. Ocurre todo lo contrario.

Quienes lo abrazan -y entre ellos abundan los médicos, los ingenieros, los arquitectos, los escritores de mérito y hombres de ciencia-, no solamente renuncian a fáciles conquistas en la sociedad que les darían medio de vivir en el confort y en la abundancia, sino que, además, les consta que el hecho sólo de llamarse anarquistas bastará para hacer de ellos candidatos a la persecución y al encarcelamiento permanentes.

Podríamos citar muchos nombres, universalmente conocidos, que se lo jugaron todo, afrontando erguida al aire la frente, el dictado de asesinos, de bandidos, de monstruos con que un mundo degollado por la iniquidad les obsequia.

¿A que aspiran? ¿Cuáles pueden ser sus ambiciones? Tan sólo buscan una cosa profundamente moral. ¿Serle útiles al pueblo? Con ello satisfacen una necesidad -también estrictamente moral- imperiosamente sentida.

¿Les anima acaso la esperanza -siquiera remotamente- de que mañana, al triunfar la causa a que se entregaron les premie el pueblo con una posición de privilegio?

Sería tan injusto como estúpido suponerlo. Sería empequeñecer sin motivos, sin razones, sin fundamentos de ninguna especie, el ejemplar desinterés y la nobleza de su gesto. Sería olvidar que en el régimen por ellos propugnado no queda sitio para gobernadores, caciques, generales o ministros. Sería obstinarse en negar -bien que inútilmente- que los sentimientos y las ideas -al margen por completo de los determinismos materialistas- son él más poderoso y el más decisivo moviente a que obedece la conducta de los hombres...

Los ejemplos que dejamos apuntados barrenan irreparablemente los arenosos fundamentos de la causalidad económica en que se apoya la dialéctica.

Los hechos proclaman a gritos su bancarrota. El fatalismo -que es lo absoluto y le metafísico- desaparece de todas las esferas. Y tan sólo pueden ya tremolarlo al viento, como una bandera, aquellos que por limitación sectaria de sus facultades, no perciben que el sentido relativo, contingente, variable, que caracteriza todas las manifestaciones de la energía en el mundo físico, es también la ley que regula la vida de los hombres en el mundo social.

El sentido de lo absoluto se hunde con estrépito. Incluso de las matemáticas va siendo borrado, a medida que la investigación modifica el concepto de todos los fenómenos que nos es dable observar -y en cada uno de los cuales palpitan elementos de orden moral, físico y social que también residen en el hombre-, y a medida que se alcanza un más claro conocimiento de sus causas determinantes.

Una sola forma del fatalismo absolutista logra salvarse del general desastre. Es aquella que en nombre del materialismo histórico patrocinan los marxistas. Y se comprende. Puesto que no tiene ni el menor entronque con la ciencia, ni guarda relaciones de ningún género con la naturaleza del hombre, es natural que quede como una cosa **aparte** y que no le alcancen aquellas leyes que lo regulan y lo determinan todo. De aquellas leyes que en la vida social son marcadas por dos sellos inconfundibles: LA VOLUNTAD Y LA INTELIGENCIA DEL HOMBRE.

CAPÍTULO VI

EL AUTOMATISMO DE LA REVOLUCIÓN NIVELADORA

Es la última tesis de la serie. Y le estaba reservada la misma suerte que a las anteriores.

Se habla en ella del movimiento llamado a transformar el sistema capitalista. Pero sin prisas. Sin aquellas reverberaciones del alma en que se reflejan irrefrenables inquietudes y que se convierten en grito de protesta, en luz y en acicate. Sin emoción. Porque también aquí el fatalismo reclama todos sus fueros. **Estaba escrito.** Cada cosa llegará a su hora.

Precipitarse sería forzar una **ley** contra la cual nada pueden los hombres. Los jefes, siguiendo al filo las condiciones que el capitalismo va creando poco a poco -**condiciones a que está sujeta, según reza el dogma, la voluntad de los hombres**-, indicarán el momento en que convenga atacar a fondo.

Las impaciencias **no ordenadas** son negativas. Es necesario esperar a que las cosas estén en sazón. Porque, más que en el empuje vigoroso del descontento y del afán de vida nueva que haya despertado en la consciencia de los expoliados, se fía el cambio en la descomposición interna del viejo ordenamiento. Los marxistas lo tienen todo previsto. Y saben que determinados **traumatismos** pueden ser muy peligrosos.

Entre tanto, lo único equilibrado y prometente consiste en adiestrar a los trabajadores en el manejo del voto y en aplaudir sin reservas cuanto digan sus centuriones. Es la única obra **positiva** realizada por el marxismo desde que nació. Buscaríamos inútilmente su ejecutoria en otras esferas.

¿Lo de Rusia? Peor es **menearlo**. Ya sabe todo el mundo a qué atenerse.

Los marxistas han pensado -y no sin razón- que tan sólo castrando desde ahora a los individuos, convirtiéndolos en simples armaduras, extinguiendo las llamas de su espíritu y acentuando en ellos las virtudes de la domesticidad, podrá el Estado que ha de reemplazar al capitalismo detentar aquellos poderes omnímodos que ellos le asignan.

Por consiguiente, su primera necesidad consistía en crear una borregada que siguiera con fe inalterable y ciega a los pastores.

No hemos de negar que lo han conseguido. Disponen de un rebaño debidamente encuadrado. Por ahí se tropieza a cada paso con individuos que invocan a todo trapo la necesidad imperiosa de la dictadura del proletariado, en nombre del estado lamentable de incultura en que se encuentra **la masa**. Una masa de la que -salta a la vista- no les separa ni una milésima de milímetro.

Esos individuos repiten, como un eco, la lección que han aprendido. Si hablan con entusiasmo de la dictadura, es porque alimentan la esperanza -desde luego sin base- de ser llamados a ejercerla. Pero tuercen el gesto ante la sospecha de que acaso les toque, por el contrario, **soportarla**.

Y así **se va tirando**, que es lo único que se trata de demostrar. Y así resulta que el **gran partido de las grandes masas** no ofrece ejemplo de consistencia en ningún terreno. Todo es superficial. Todo se base en burdos artificios. Todo está pendiente de un hilo que el capricho de las circunstancias puede cortar en cualquier momento.

Después de todo, hacen bien los marxistas en dejar que la sociedad capitalista se descomponga sola. Hacer revoluciones es un poco más complejo que aplaudir, que votar y que entretener al público con toda suerte de genuflexiones.

Todo el mundo se da cuenta de que si eran sus ataques los llamados a derribarla podría dormir tranquila...

VISIÓN MARXISTA DE LA DECADENCIA DEL CAPITALISMO

He aquí un resumen de la tesis:

Las condiciones económicas que engendra el sistema son obstaculizadas en su evolución por el mismo régimen, y tienden a destruirlo. Las fuerzas inmensas creadas por la burguesía van actualmente más allá de su poder y hacen cada día más precario el sostenimiento de la sociedad actual, creando las condiciones de una sociedad nueva sin clases, basada en la propiedad social de los medios de producción.

La producción capitalista engendra su propia negación y conduce al colectivismo. Estamos cerca del momento en que los “expropiadores” serán expropiados, y en que la evolución tendrá su epílogo en una revolución violenta.

Marx creía que tal operación sería cosa rápida. Pero fundamentaba su creencia en ideas falsas. Su concepto de la evolución social y de la forma en que habían de expresarse las consecuencias del maquinismo, de los perfeccionamientos introducidos en los medios mecánicos de producción, son desmentidos en toda la línea.

Se mostraba convencido de que los capitalistas serían gradualmente reducidos a un número insignificante, al propio tiempo que la **masa proletarizada** sería cada vez mayor. Habiéndose equivocado en las formas de la concentración capitalista, era forzoso que se equivocara en el cálculo de sus consecuencias y en su ritmo.

Por otra parte, aun suponiendo que los hechos confirmaran las previsiones de Marx en cuanto al pequeño núcleo de los explotadores frente a la gran masa proletarizada, no se concibe que pudiera deducir de este solo hecho la debilidad mortal del capitalismo.

La realidad proclama que el régimen capitalista no es menos fuerte hoy que ayer en virtud de la **concentración** y de la **proletarización**. Y su debilidad, en todo caso, no es determinada **por el hecho de engrosar diariamente el número de aquellos a quienes se niega un plato en el banquete, SINO PORQUE ESTOS, CADA DÍA MEJOR ARMADOS, EN CANTIDAD Y EN CALIDAD, DE IDEALES DE TRANSFORMACIÓN, ALCANZAN UNA FUERZA QUE ANTES NO TENÍAN.**

El Estado no es otra cosa que la oficina política del capitalismo. Y Marx perdió la vista que, siendo diez o siendo diez mil los detentadores de la riqueza social, el fondo del problema no sufría ni la más insignificante alteración -ni en el carácter ni en la cuantía de los intereses sociales que el privilegio retenía indebidamente-, y que el Estado se pondría en condiciones de anegar en sangre las veleidades agresivas de los desposeídos, sin importarle que fuera más pequeño o más grande su número. Tal es el ritmo que las posibilidades de un presente que no quiere morir han seguido siempre. Su preparación responde a los peligros internos que le amenazan.

Ni más débil que ayer, ni tampoco -a despecho de cuanto digan las apariencias- más fuerte. La proporción de fuerzas sigue siendo la misma, con ligerísimas variantes.

El formidable aparato de la potencia coactiva en manos del actual sistema nos deslumbra y nos aturde. Es evidente que si el pueblo tenía que contrarrestarlo con elementos de ataque y de defensa preparados o reunidos por él de antemano, la empresa constituiría poco menos que un imposible matemático. Pero -afortunadamente- no es así. Las revoluciones se hacen con las armas arrancadas por el pueblo a la autoridad del Estado. Y cuando el pueblo, sintiendo el impulso vigoroso de un ideal que se convierte en motor de la voluntad, se decide a querer un

día, con la misma facilidad que le arranca a la autoridad del Estado diez fusiles, le arranca diez arsenales.

No existe una fuerza capaz de resistir al empuje de las explosiones populares. La experiencia histórica lo demuestra. Y nuevos hechos vendrán a probarlo en un próximo mañana.

Y la matriz de esas explosiones radica **en la voluntad y en las ideas del pueblo**. No en las condiciones económicas. No en la miseria creciente de las multitudes, determinada por la forma en que se concentre el capitalismo, y por los métodos modernos de producción.

Esa miseria facilita la labor de las minorías, causa propulsora de todos los avances y de todas las transformaciones. Pero su influencia no va más allá. Y nosotros no tenemos la culpa de que Marx creyera ver en ella uno de los principales factores de realización.

El espectáculo de pueblos superlativamente miserables y sojuzgados en que no asoma la más remota posibilidad revolucionaria, hiere a cada momento nuestros sentidos.

Podría comprenderse, en último análisis, que Marx se equivocara tan lamentablemente, hace ya casi un siglo, al enjuiciar los problemas cuya solución quiere dar en comprimidos por medio de su dialéctica... hegeliana. Lo que no tiene explicación posible, es que sus continuadores se obstinen en mantener sus errores contra viento y marea, prescindiendo totalmente de las demostraciones de los hechos.

Nosotros hemos de celebrarlo, ya que con ello contribuyen a desacreditar todavía más -si cabe- la triste obra de su gran maestro.

CAPÍTULO VII

EL ABSOLUTISMO POLÍTICO DE MARX

Ya queda dicho. La obra de Marx, que se caracteriza por lo abstracta y por lo contradictoria, tiene, como nervio principal, la metafísica.

Era natural que buscara en el absolutismo político el complemento de su absolutismo económico.

Hasta algunos de los mismos panegiristas de Marx, como Scillières, se han preguntado si es posible encontrar en ella algo que tenga íntimo parentesco con la concepción colectivista propiamente dicha, o si lo que en ella se quiere exponer no es algo más grosero y más a ras del suelo: el Socialismo de Estado.

En Marx se encuentra esa entidad también abstracta, que deriva lógicamente de la entraña del socialismo alemán: **la esencia del Estado**, y reclama para ella todos los respetos que se deben a una divinidad.

Es siempre la influencia de Hegel manifestándose sobre una doctrina que se sigue llamando marxista, sin que, según la prueba que brindan mil testimonios, contenga casi nada de Marx.

La mente de Hegel, dominada, como es sabido, por la **idolatría de lo universal**, concibió un monstruo capaz de absorber, sin réplica posible, **todo lo particular**, todo lo que se refiere a las prerrogativas, a los atributos y a las necesidades, sea -cual fuere su carácter, de cada una de las células del cuerpo social.

La concepción hegeliana, que toma después el nombre de concepción marxista, convierte el Estado en algo que reclama la subordinación -cuando no el sacrificio cruento- de todos los **finés personales** y de todas **las particularidades** de cada individuo.

Es una guerra sin cuartel a las naturales autonomías del hombre, tan sagradas como el derecho a la vida. Es algo así como un proyecto de exterminio completo de la libertad y del derecho.

El Estado es para él **la fuerza absoluta en la tierra**. Es decir, la fuerza organizada y **sin límites**. El Poder lo es todo. Y el hombre -el hombre que no detenta el Poder- no es nada. Y la fuerza del Poder, cuya expresión inconfundible es el Estado, se convierte de ese modo en dogma cerrado.

Pero tampoco en ese aspecto hay medio de reconocerle a Marx originalidad. Su concepto extravagante de un Estado feroz, despótico, totalitario, que destruye por la base todas las conquistas del espíritu sobre la salvaje omnipotencia de la autoridad y reduce a inferior categoría los valores de la personalidad humana, constituye otro plagio escandaloso.

Además de encontrarse en él elementos pertenecientes al que en aquella época fue pontífice de la metafísica, resume en ese concepto muchas ideas expuestas, años antes de aparecer **El Capital**, por Carlos Rotbertus, en “**Lettres Sociales**”, “**Sur la connaissance de nos conditions économiques**” y “**Revendications des classes laborieuses**”, por Georges Winkeblech -más conocido por Malon-, en “**Recherches sur l’organisation du travail**”, y por Fernando Lasalle, en “**Livre de lecture des travailleurs**”. Un detalle que merece ser citado: Rotbertus acusó públicamente a Marx -como ya antes lo hicieran Ricardo y otros- de **haberle robado ideas que luego presentaba como propias**.

Marx ha superado todas las exacerbaciones autoritarias del socialismo alemán. Puede ser calcado por todos los déspotas del Mundo: Convierte la sociedad en un cuartel inmenso. Y lejos de emancipar a los individuos, los unce a un yugo espantoso y sin precedentes conocidos. La suya es una doctrina que subleva y avergüenza a todos los hombres capaces de sentirse libres.

Su sectarismo destemplado, conjugándose con el odio que le inspiraban todos aquellos que por su cultura, por su inteligencia y por sus aciertos en el estudio de los problemas sociales, eran susceptibles de ensombrecer la alta personalidad del **genio de la Economía**, no tuvo inconveniente en catalogar a Proudhon entre los “utopistas”.

Para Marx, el espíritu utópico estribaba en el hecho de **serles concedido un crédito de confianza a las fuerzas morales**. Para Proudhon, más penetrante, viendo muchísimo más claro, consistía **en prescindir de ellas y en negarlas**, fiándolo todo al imperio del Materialismo y a los poderes del Estado, convertido en religión, con su teología y sus altares.

Marx habría suscrito sin reservas la idea que Féré consigna en su libro “**Sensation et Mouvement**”: “... La idea de libertad no es más que una hipótesis sin fundamento científico y que no merece ningún respeto”. Lo hizo años atrás uno de sus más altos intérpretes. No era eso lo que expresaba Lenin con su: “¿Libertad? ¿Para qué?”

Pero Proudhon estaba seguro de que, como dice Gille, “el Estado es, por naturaleza, un órgano opresor, una creación del absolutismo, y es inútil empeñarse en hacer de él el órgano de la justicia. Y sabía, además, que, como todo aquello que no concuerda con la naturaleza y con los

sentimientos y con las necesidades del hombre, está irremisiblemente condenado a muerte por la evolución histórica”.

Sabía que Bakunin anuncia una verdad indestructible, cuando afirma que “el hombre, bestia feroz, primo del gorila, arranca de la noche del instinto animal para llegar a las luces del espíritu. Salido de la esclavitud animal y pasando por la esclavitud divina, término transitoria entre su animalidad y su humanidad, camina hoy hacia la conquista de la libertad humana”.

El choque entre las concepciones de Marx, mezquinas, estrechas, dogmáticas, contradictorias, y las de

Proudhon, amplias, nítidas, fuera del dogma, positivamente influenciadas por las audacias del pensamiento en el curso de la Revolución Francesa del siglo XVIII, que interpretaba, en muchos de sus aspectos, como Kropotkin años después, señala las discrepancias entre la escuela francesa y la alemana del socialismo. Era como una pugna entre el espíritu moderno -que quiere suprimir todas las lindes en el campo de la libertad, y el **kout** germánico-.

La pugna, virulenta, irreductible, continúa en nuestros días.

Los marxistas nos ofrecen nuevas cadenas, mediante un cambio de amos. Pero se va generalizando la tendencia a destrozalas todas.

Es inútil darle vueltas. Los hechos nos dan la razón y confirman nuestras previsiones en toda la línea. La bancarrota fraudulenta del marxismo es evidente.

El Estado -según hemos dicho siempre- es el más colosal infundio que, conocieron los siglos. Es la consagración histórica de la injusticia y del privilegio. Es un atentado monstruoso contra la Naturaleza.

Todo, lo mismo en la sociedad que en el ánimo del hombre, conspira -unas veces en el tumulto y otras veces en el silencio- contra sus poderes. A todas horas y en todas las esferas.

Y ya se sabe positivamente desde ahora, que la idea de Libertad -QUE CONSTITUYE LA MÁS ALTA EXPRESIÓN DE AQUELLAS FUERZAS MORALES QUE EL FATALISMO MARXISTA DESPRECIA Y NIEGA-, tomando cuerpo y forma en la voluntad arrolladora de unas multitudes cansadas de soportar cadenas y miserias, es la encargada de enterrar para siempre esos poderes en las catacumbas de la Historia.

Aceptamos sin reservas, con Golbach, que- **las necesidades lo rigen todo**. En efecto, cada progreso realizado, en no importa qué orden, no es otra cosa en el fondo que **la resultante de necesidades sentidas**, añadiendo que la satisfacción de cada una de ellas implica un desplazamiento mayor o menor del punto de partida, cuando no lo niega de una manera rotunda.

Pero las necesidades se manifiestan a diario en diversas formas. Sus manifestaciones varían al infinito. Y todos hemos experimentado que en muchos casos las de tipo moral pesan tanto en nuestro ánimo -voluntad, disposición, afanes, sensaciones, etc.-, y en algunos bastante más, como las de tipo económico.

Se trata de otra verdad que tampoco puede ser por nadie desmentida, y conviene señalarla para poner en guardia a las gentes contra el apriorismo simplista y dogmático de unas conclusiones en base a las cuales se pretende que **la fuente de todas las necesidades es la necesidad económica**.

Por consiguiente, no se puede sostener, porque ello es impugnado abiertamente por todo lo que sabe el hombre, por la lógica más elemental, por la misma experiencia histórica, que tan sólo las necesidades materiales o económicas constituyan el centro de gravedad de la evolución de las sociedades humanas y el impulso inexcusable en cualquier orden de transformaciones.

¿Quién de nosotros ignora que con frecuencia las mismas necesidades materiales engendran otras de muy distinto orden? Es **material** la necesidad de abrigarnos, por ejemplo, en aquellas latitudes cuyo clima la impone inexorablemente. Pero ninguno de nosotros se dispone a vestir el primer traje que en la tienda le es ofrecido. Todos empleamos algún tiempo en escogerlo. Todos tardarnos un rato en decidirnos. Todos optamos por un **tinte** sobre otro y nos atraen determinadas **hechuras**. Hemos salido, pues, de la esfera de **la necesidad material o económica** para entrar en la esfera **del gusto...** que nadie catalogó jamás, que nosotros sepamos, entre las materialidades de la vida.

¿Qué tiene que ver con la **necesidad de abrigarnos** el hecho de que **la chaqueta sea recta o cruzada y que el tinte de la tela sea marrón o azul marino?** y los ejemplos de ese tenor podrían ser multiplicados al infinito. Nos hieren los sentidos todos los días.